

Un Ilustre Americano

Por Rafael HELIODORO
VALLE. Colaboración especial
para la Revista Mexicana de
Sociología.

JOSE Cecilio del Valle, el autor del Acta de la Independencia de Centroamérica, es el más claro ejemplo del hombre preparado para gobernar y que buscaba en la realidad viva el punto de apoyo para sus elucubraciones de político y de estadista. No confiaba en los delirios de la imaginación, sino en las formalidades de la técnica científica.

Gran americanista, su actualidad es indudable. Sin haber conocido la convocatoria de Bolívar para el Congreso de Panamá, en ese mismo año se anticipó a enunciar, como si saliese de un sueño, la necesidad de que los pueblos de América se reunieran en concilio. "Soñaba el Abad de San Pedro; y yo también sé soñar" (23 febrero 1822) es el más claro testimonio de su americanidad: "Si la Europa sabe juntarse en congresos cuando la llaman a la unión cuestiones de alta importancia, la América ¿no sabrá unirse en Cortes cuando la necesidad de *ser*, o el interés de *existencia más grande* la obliga a congregarse?"

Valle pedía una federación de estados americanos, y un plan económico para ellos, un plan de defensa continental para impedir las agresiones extrañas y las guerras intestinas. Pero

deseaba que en un lugar de Centroamérica, su bello Central de América, se reuniese tal asamblea, cuyo antecedente podían ser las Cortes de Cádiz en que los hombres de América deliberaron sobre problemas idénticos, apenas cambiaron las primeras palabras. Cádiz vino a ser tribuna de la americanidad.

Los próceres de la independencia pensaban siempre en una América en que todas las razas y las inteligencias pudiesen hallar digno y amplio refugio. Sólo durante la conquista española el español sintió las fuerzas telúricas de un mundo nuevo en el que había mucho que hacer y en el que cada fruto era un milagro y cada horizonte una ilusión. Los hombres que habían salido de América a viajar por Europa encontraron un común denominador: lo americano; es decir, un hombre que había estado lejos de los otros por la falta de vías de comunicación, de intereses económicos, y por la diversidad de climas y de niveles políticos y culturales.

Miranda, Bolívar, Hidalgo y Morelos, Rocafuerte, Rivadavia, José Antonio Miralla se sentían “americanos” y hablaban en un idioma de maravilla. El peruano Talamantes conspiró en México a favor de la independencia; el centroamericano Ortiz de Letona fué diplomático de los primeros insurgentes mexicanos para hacer gestiones en los Estados Unidos; el mexicano Miguel Santa María fué diputado en la Gran Colombia; el ecuatoriano Vicente Rocafuerte luchó en Filadelfia contra Iturbide y más tarde llegó a ser diplomático mexicano en Londres; el cubano José María de Heredia subió a la magistratura judicial en México; y el venezolano Bello alcanzó en Chile la plenitud de su sabiduría y de su gloria.

Tal era la época en que José del Valle —hijo ilustre de Cholulteca, hondureño impar, centroamericano que veía más allá de los estrechos linderos— llegaba a la Secretaría de Relaciones de México, ostentando las valiosas credenciales de su talento y su cultura, y en aquel Congreso en que había representantes

de un vasto territorio limitado por la Alta California y por Costa Rica, llegó a considerársele —dice Zavala— “el corifeo del partido republicano”.

Tal era el momento en que, tras hondos diálogos con el Numen de América, Valle emprendía la constante defensa del insigne hemisferio y de sus hijos calumniados por el Abate de Paw, el de *Recherches philosophiques sur les américains*; y formulaba su verdad: “La América es masa compuesta de los mismos elementos, sometida a la misma suerte, llamada a los mismos destinos.” Y desde 1810 había hecho esta afirmación: “Somos hombres, y por serlo tenemos los mismos derechos que los habitantes de Europa. No es justo que las naciones europeas sean regidas por gobiernos americanos. No es conforme a razón que los pueblos americanos sean administrados por gobiernos europeos. Esta misma identidad hace que en la misma América se empiece a oír otra voz igualmente agradable: nacimos en un mismo continente: somos hijos de una misma madre: somos hermanos: hablamos un mismo idioma: defendemos una misma causa: somos llamados a iguales destinos. La amistad más cordial: la liga más íntima: la confederación más estrecha debe unir a todas las Repúblicas del Nuevo Mundo.”

En sus escritos insiste en dar a conocer los mejores exponentes del hombre americano, las insólitas riquezas en que abunda este hemisferio, los vegetales indígenas de “la América que amamos y debemos amar”. Para refutar victoriosamente a Paw, Wilson y Buffon —quienes afirmaban que América sólo producía animales dañinos, “país de la putrefacción, de las úlceras y sudor, de las diarreas y fiebres pútridas”— hubo de apoyarse en Humboldt y Bonpland, que en la atmósfera americana se sintieron electrizados e invulnerables. Por eso le interesaban tanto los libros y las disquisiciones del doctor Francisco Hernández, el primer biólogo formal que visitó México; el inca Garcilaso de la Vega, uno de los primeros auténticos escritores con

sensibilidad y malicia americanas; y los sabios Antonio Ulloa, Sessé, Mutis, Mociño y tantos otros que habían recorrido estas tierras enamorados de su magia, de sus sorpresas diarias, de su mundo vital y virginal. Estos valores consagrados no podían pasar desapercibidos ante la curiosidad de Valle; pero una prueba de las difíciles y a veces nulas comunicaciones interamericanas en su tiempo, palpita en el hecho de que desconocía otros valores americanos, que eran criollos y que tienen prestigio consolidado: Mariano Moreno, de Argentina; Eusebio de Llano y Zapata e Hipólito Unánue, del Perú; el padre Juan de Velasco, del Ecuador; Francisco José de Caldas, de Colombia; y hasta los jesuitas que hicieron obra americana en Italia, como el tegucigalpense José Lino Fábrega, que había interpretado el Códice Borgiano, y el guatemalteco Rafael Landívar, cuya *Rusticatio Mexicana* le habría deleitado en los ocios en que gustaba releer a Virgilio.

Por eso también, cuando enjuició al régimen español en América, no pudo perdonarle —como buen criollo— que en tres siglos no hubiera hecho todo lo que pudo hacer para convertir estas tierras en el hogar más tranquilo del hombre que trabaja y se emancipa de la miseria. Severa y documentada crítica a dicho régimen, que si aquí fué nefasto —en muchos aspectos—, en España lo fué también; ya que malos consejeros de Indias allá enviaban malos y pésimos Virreyes y Capitanes Generales. Abominó de aquel régimen, sin desconocer la obra que realizaron muchos de sus hombres magníficos, de sus gobernantes de probidad y capacidad como Antonio de Mendoza, Juan de Acuña y Juan José de Vértiz, sólo que a su tarea le faltó la unidad de un plan colonizador; “hizo pobre al país de la riqueza”, afirmó al calificar al régimen.

Así se explica que frente al desconocimiento que el Estado español tuvo de su imperio de las Indias —muy a pesar de las investigaciones nada coherentes que emprendieron algunas expediciones científicas—, Valle pedía que se organizara una

nueva y que se reuniera una comisión de los sabios más distinguidos en la ciencia legislativa y en el conocimiento de América. Ese deseo lo hizo público desde 1824, sugiriendo que los gastos de tal expedición fueran erogados “por todos los gobiernos de todas las Repúblicas de América”. Al año siguiente, apenas supo que el Barón de Humboldt pensaba en un segundo viaje, le escribió invitándolo a que lo extendiera hasta Guatemala; y asediado por su pensamiento, sugirió que el Congreso de Panamá estudiara la conveniencia de organizar la expedición científica. Desde las que encabezaron el doctor Hernández, Sessé, Malaspina, La Condamine, Mutis, Ruiz y Pavón, y la famosa encuesta que por orden de Carlos III se llevó a cabo para conocer a fondo los idiomas y dialectos indígenas y que don Lorenzo Hervás dió a conocer en un libro, no ha vuelto a efectuarse en Centroamérica más expedición que la llevada a cabo por la Comisión Científica Francesa en México y Centroamérica; pero el pensamiento de José Cecilio Valle continúa en pie como invitación insistente, así como su proyecto de que en cada país de este continente se formara una biblioteca pública con las obras americanas.

Al hacer un balance con que demostró que hablaba documentado, Valle pudo escribir en uno de sus ensayos formales: “Hernández pasó de la antigua a la Nueva España: estuvo 7 años observando sus plantas: escribió muchos volúmenes: y no pudo a pesar de esto describirlas todas. Plumier hizo de Francia a la América tres viajes distintos para examinarlas: herborizó dos años en el primero; trabajó dos obras; y tampoco pudo agotar el número de vegetales. Feuille abandonó el mismo suelo para estudiar los del Perú, Chile y las costas orientales de la América del Sur; fueron grandes sus trabajos; y jamás pudo terminarlos. Jussieu viajó treinta y cinco años por el Perú y otras provincias de la misma América: hizo colecciones preciosas; y no pudo acabar sus trabajos. Kalm le siguió en ellos: fué infa-

tigable: y sin embargo de serlo nunca llegó al término. Locfling, el discípulo amado de Linneo, salió de Cádiz el 15 de febrero de 1754: llegó a Cumaná en abril siguiente, y a los seis meses tenía una colección de quinientas cincuenta a seiscientas especies. Jackin vino también a la América: descubrió nuevos vegetales; y regresó a Europa en 1759 sin haber clasificado todos los que había. Commerson trabajó igualmente el año de 1773 en las costas del Brasil, Buenos Aires y Magallanes; y sus trabajos tampoco llegaron a tocar en el fin. Ruiz y Pavón recorrieron después por espacio de once años el Perú y Chile: formaron herbarios que admiraron Londres y París; y sus sucesores encontraron posteriormente especies nuevas escapadas a sus ojos. Sessé al frente de expedición distinta herborizó en Nueva España: describió y dibujó multitud de plantas; y aquella vasta región tiene todavía vegetales desconocidos. Michaux observó doce años la América del Norte desde 1785; mandó a la Francia 60,000 pies de árboles y 40 cajones de semillas. Multiplicó las observaciones; y no pudo apurar el fondo. D. Luis Noe, ese hombre infatigable que en honor de la ciencia emprendió cuantos trabajos podían arrostrarse, salió de Cádiz en 1789; hizo herborizaciones en Montevideo, Talcahuano, Chile, Chillán, etc.: recorrió la cordillera de los Andes; llevó a España en 1794, 10,000 plantas; y después de sus viajes dilatados y penosos, se han encontrado especies y géneros nuevos. Tafalla y Mancilla extendieron sus observaciones desde el Perú hasta Guayaquil; adelantaron las conquistas vegetales; pero no pudieron llegar a la meta. Mutis, a quien la América del mediodía debe luces y conocimientos dignos de gratitud, fué en 1782 director de otra expedición en el nuevo reino de Granada; trabajó 40 años en aquella provincia; hizo un herbario de más de 24,000 plantas; el general Morillo en 1818 mandó a Madrid 105 cajones de minerales, vegetales, etcétera, acopiados por aquel sabio; y Humboldt y su digno compañero Bonpland encontraron después otras especies en la misma

América del Sur. No habían recorrido más que una parte de ella; y su colección en 1803 antes de concluir su viaje pasaba de 4,200 plantas, en países, dice, donde la naturaleza se complace en derramar sus gracias y multiplicar vegetales de nuevas formas y de fructificaciones desconocidas”.

“Oro, plata. América —escribió— son palabras que significan una misma cosa”. Y en un instante de sabiduría señera exclamó: “El estudio más digno de un americano es América”. El “continente venturoso” es otro de sus epítetos, como poniéndolo en el marco de su utopía en digno parangón con el “continente estúpido” de Baroja (otro que como Paw, no se atrevió a conocernos directamente) y con la “imagen del Paraíso terrenal” de Rouger.

“La América es mi patria” se le oyó decir en uno de sus más vibrantes monólogos. Sentía las vivas palpaciones de América, su hechizo telúrico, porque había nacido en el centro de Centroamérica, en la tierra que fué dulce imán para Cristóbal Colón en su último viaje; allí donde los mayas alcanzaron la cúspide de su civilización, y había de nacer, por oscuros avatares, el hombre que se atrevió a intentar la primera reforma política en América española: Francisco Morazán.

Habrán perdido validez varias de las afirmaciones científicas que hizo Valle, han sido superadas otras; pero su alto sentido de americanidad sigue prevaleciendo, a pesar de las contingencias que median entre el Congreso de Panamá y las vicisitudes del Panamericanismo. A más de un siglo de haber esbozado su ideal nos damos cuenta de que supo atisbar hacia nuestro tiempo con mente diáfana y visión exquisita. “La proclama continental de Valle —ha dicho Pedro de Alba— está redactada con profunda y precisa dialéctica: de cada punto se pueden desprender planes de trabajo para el presente... Lo que él vislumbró como el sueño de un abad se ha vuelto realidad viva en la mente de estadistas contemporáneos. Ese ideal es factible en los tiempos actuales,

porque se han vencido las distancias entre las naciones de América, porque se han desterrado los recelos entre vecinos, porque se ha adquirido la conciencia plena de que el destino continental es indivisible.” Y cuando en la postguerra sean eliminados, hasta donde sea posible, los regímenes impopulares, el pensamiento de Valle quedará más alto, como un ojo avizor que supo precisar que las tiranías no pueden convivir en la familia decente de las naciones.

Su magnífica profecía continúa alumbrando: “La América no caminará un siglo atrás de la Europa: marchará a la par primero: la avanzará después, y será al fin la parte más ilustrada por las ciencias, como es la más iluminada por el sol.”

El indigenista

La americanidad de José Cecilio del Valle explica su constante defensa del indio. He aquí un criollo que aboga por el más antiguo habitante de América, pues ha sido la costumbre que sean sus personeros los españoles más humanos —humanistas auténticos—, a la manera de Las Casas, Sahagún y Mendieta.

Con palabras justas, Valle hace su elogio: “El indio a quien se ha supuesto indolente y perezoso, es activo y capaz de los trabajos más duros. Sus brazos son los que rompen montañas y pulverizan peñas para sacar el oro y la plata que explota el comercio: sus manos son las que han hecho esos millones que suponen tan grande trabajo.”

Pedía que el indio se civilice, que sea llamado a colaborar en el gobierno y que se procure casarlo “con individuos de las otras clases para que vayan desapareciendo las castas”; que haya honores y distinciones para los párrocos “que presenten mayor número de indios civilizados y vestidos como los españoles” y que se reparta tierra en pequeñas suertes a los indios que no la tengan.

Un año antes de declararse la independencia centroamericana, publicó en "El Amigo de la Patria" un breve artículo en que daba cuenta de haberse instalado el ayuntamiento constitucional de Cobán, integrado por indios; y tal noticia le dió pretexto para hacer estas rotundas declaraciones que le sitúan claramente entre los indigenistas de hoy: "El indio después de tres siglos no sabe hablar el idioma de Castilla por dos razones: 1ª Porque la ley le ha alejado de los que podían enseñárselo. 2ª Porque no ha tenido confianza de los ladinos, y cuando no hay confianza, se inventa o conserva una lengua que haga impenetrable la expresión de sentimientos. Merezcamos la confianza del indio: acérquense a él todas las clases; reúnanse en los ayuntamientos de los pueblos los indios y los ladinos; y entonces la porción más grande de estas provincias, la que tiene más derechos a nuestra protección avanzará en cultura, aprenderá el idioma que debe unirnos a todos, y será más feliz. Los indios forman la mayor parte de la población; y es imposible que haya prosperidad en una nación donde no la gozare el máximo."

No era superficial su esperanza en el más antiguo habitante de América y que pudo elevarse a la categoría de hombre histórico al expresar profundamente su mensaje, que ahora está siendo reconstruído, no sólo en las ciudades como las de los mayas y los peruanos, sino en el aprovechamiento de plantas y de animales que enriquecen la economía mundial y en libros sibilinos que poco a poco han ido explicando los escoliastas, desde el Popol Vuh que halló fray Francisco Jiménez, hasta la *Nueva Crónica y buen Gobierno* de Guaman Poma de Ayala, el Códice Badiano en que Martín de la Cruz y Juan Badiano nos dejaron el más antiguo libro de medicina de América, y lo salvado por la amorosa paciencia de Sahagún, Landa y Durán.

Gran verdad la de Valle cuando en su disertación sobre la flora que conocían los aborígenes americanos, proclama que éstos fueron sus descubridores; y si en la greca de Mitla, la orfebrería

de Monte Albán, las telas de Paracas, los huacos de Nasca, revelaron una estupenda sensibilidad de artistas, en el hallazgo del maíz, la patata, la quina, el pavo y el llama dieron al mundo las preseas de una permanente y fecunda revelación.

Hay un momento en que Valle abandona la investidura del ensayista y se eleva al aire radioso de la poesía bucólica; y es cuando canta la grandeza del plátano —creyéndolo, al igual de sus contemporáneos estudiosos, oriundo de este hemisferio— con la donosura de Andrés Bello al ensalzar la magnificencia de la zona tórrida, y la de Juan Montalvo al hacer el elogio del maíz: “En la originalidad de su fisonomía, en la belleza de su forma, en el esmalte y extensión de sus hojas, en el poco costo de su cultivo, en el corto tiempo que tarda para fructificar, en la fecundidad con que se produce, en la cantidad alimenticia de su fruto, en la harina que da cuando es verde; en los manjares a que se presta cuando es en sazón; en todos los elementos que forman el valor de un vegetal se distingue el plátano, gloria de la América, riqueza de sus hijos, hermosura de la tierra.” Maravillosa musácea que, en el devenir de los años, en vez de ser la bendición que él deseaba para los hijos de Centroamérica, se trocó en tormento y, a veces, en símbolo de esclavitud y fruto ensangrentado.

El sociólogo

En la cosecha fructuosa del ensayista pueden advertirse algunas esbeltas espigas que el sociólogo no puede desdeñar en su interpretación de la realidad americana. Valle se anticipó a las previsiones del sociólogo; se percibe en las huellas de su pensamiento cuál habría sido, si no hubiera muerto en plenitud cenital, uno de los estudios de su predilección.

Pedro de Alba apunta: “Difícilmente podrá encontrarse en la literatura social y política de América una obra de mayor significado y actualidad que la de aquel ilustre hombre de estudio

y político militante de la primera mitad del siglo XIX. Trata centenares de temas con dominio, agudeza y valentía; puede considerársele como uno de los fundadores del ensayo político-social en América. Siendo hombre de severas disciplinas y de sólida formación literaria, acierta con la nota comprensiva y fácil y así pasa lista entre los más esclarecidos escritores populares.”

Valle decía: “El conocimiento de las sociedades: el de la fuerza, riqueza o poder de los pueblos: el de la capacidad para planes o proyectos no se adquirirá jamás sin el estudio de las ciencias que deben darlo.” Y pudo recalcar esta afirmación: “El poder moral y político de un país, es consecuencia precisa de su poder físico desarrollado por intuiciones sociales meditadas con sabiduría.”

Conoció, como nadie entre sus contemporáneos, la terrible realidad humana de su país y lo vió agobiado por herencias crueles que impiden aún la marcha ascendente del hombre. Miseria y crimen, vicios consuetudinarios, enfermedades y epidemias, vagancia y desdén por el trabajo, y en algunas zonas, un lento morir: he ahí los numerosos e implacables enemigos de una mayoría abandonada a su desventura, en el esplendor prodigioso de un mundo henchido de riquezas inéditas y en desorden. Discurrió sobre el fusilamiento de un infeliz que en 1820 era la víctima de una sociedad en que son “la miseria y la ociosidad, origen de los vicios y crímenes”; y sus observaciones continúan en pie, incitando a la meditación.

Al trazar el cuadro político de Centroamérica demostró que la división (económica, eclesiástica, militar y forense) de las provincias había sido hecha arbitrariamente, sin tomar en cuenta la población de los grupos humanos débiles. Ese cuadro permite explicar las rencillas lugareñas, los odios que fermentaron en la entraña de colectividades con profundas disimilitudes en lo económico y lo cultural, y que en breve plazo darían sobrados motivos para que las animadversiones, agravadas por choques san-

grientos, culminaran en guerras fratricidas que dieron al traste con la unidad política de la Federación Centroamericana.

Dice bien la doctora Mary Wilhelmine Williams: "Centroamérica tuvo una ventaja sobre la mayoría del resto de la América española al asegurar su independencia prácticamente sin guerra e inició su vida nacional libre de deuda pública y de tal demoralización económica y social como la que fué producida por la sangrienta lucha de aquel tiempo. Sin embargo, las dificultades aparecieron pronto, debido a que los factores geográficos provocaron el separatismo, reanudaron las viejas disensiones y agudizaron las teorías políticas en conflicto."